

## **23º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 18, 15-20.**

***En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:***

***-Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano.***

***Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo.***

***Os aseguro además que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre del cielo. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.***

# **CORREGIR, SÍ, PERO CON AMOR**

El gran desarrollo tecnológico de las comunicaciones ha desplazado a un plano secundario la dimensión interpersonal profunda del encuentro frente a frente. Muchas personas sienten ese vacío. Por otra parte, viene cobrando carácter de valor o, al menos, de **«norma asumida de convivencia»**, no meternos en la vida de nadie y que nadie se meta en la nuestra, para mantenernos tranquilos y libres de complicaciones y problemas.

Pero Jesús no quiere que nuestras relaciones interpersonales se queden en la superficie. Por ello nos pide rellenar ese vacío **«aunque se nos complique la vida»**. Las palabras del Evangelio de hoy **«Si tu hermano peca, repréndelo...»**, no nos permiten quedarnos alejados, pasivos o simplemente críticos ante la vida de los demás.

Cuando hay amor hay preocupación por mantener la relación y por restablecerla cuando se daña. No solo hacia los allegados. **«El amor cristiano se dirige a todos»**, alcanza también a los más débiles y pecadores, porque nadie debe quedar excluido de él. El individualismo no salva. **«Somos una familia humana»** que debemos cuidarnos y salvarnos unos a otros. Sus vidas dependen de la mía y la mía de las suyas.

Sin embargo, a nadie se le escapa que la convivencia humana está entretejida de **«contrastes, conflictos y agravios recíprocos»**, debidos al hecho de que **«somos diferentes»** por temperamento, puntos de vista o gustos y estamos necesitados de la corrección fraterna

Para corregir al hermano que se ha equivocado, Jesús sugiere una **«pedagogía de recuperación»**. El objetivo es ganar al hermano, es decir, buscar el verdadero bien del otro, para que pueda mejorar y no encontrarse con desagradables consecuencias. Jesús siempre busca recuperar, salvar.

Jesús primero dice: **«repréndelo a solas»** Ante todo respeto al buen nombre del hermano, a su dignidad, y **«tú con él»**, para darle la posibilidad de defenderse y explicar sus acciones **«con plena libertad»**. Una franca explicación disipa muchos malentendidos. No es fácil llevar a la práctica esta enseñanza de Jesús, bien por el temor de que el hermano reaccione mal o, quizás, por no haber suficiente confianza.

Cuando por cualquier motivo no es posible corregir fraternalmente a solas, hay algo que se debe evitar siempre: **«la divulgación»**. **«No habléis mal unos de otros»** dice la Escritura. A este respecto se cuenta que una mujer fue a confesarse con **«San Felipe Neri»** acusándose de haber hablado mal de algunas personas. El santo la absolvió, pero le puso una extraña penitencia. Le dijo que fuera a casa, tomara una gallina y volviera donde él desplumándola poco a poco a lo largo del camino.

Cuando llegó donde él, le dijo: "Ahora vuelve a casa y **«recoge una por una las plumas»** que has dejado caer cuando venías hacia aquí". La mujer le mostró la imposibilidad de hacerlo pues **«el viento las había dispersado»**. A lo que San Felipe le replicó. "Ya ves que es imposible recoger las plumas una vez que se las ha llevado el viento, igual que **«es imposible retirar murmuraciones y calumnias»** una vez que han salido de la boca".

Volviendo al tema de la corrección, cabe decir que no sólo existe la corrección **«activa»**, sino también la **«pasiva»**. No sólo existe el deber de corregir, sino también el deber de **«dejarse corregir»**. Y aquí es donde se ve si uno está suficientemente preparado para corregir a los demás.

**«No siempre depende»** de nosotros el buen resultado de la corrección, pues a pesar de nuestra mejor disposición, el otro puede no aceptarla. **«Pero lo que sí depende»**, siempre y exclusivamente de nosotros, es el buen resultado a la hora de recibir una corrección. Quien cree que puede corregir a alguien tiene que estar dispuesto a ser corregido. Cuando ves que una persona recibe una observación y escuchas que responde con sencillez: **«Tienes razón, ¡gracias por habérmelo dicho!»**, te encuentras ante una persona de valor.

La enseñanza de Cristo sobre la corrección fraterna debería leerse siempre junto a lo

que se dice en otra ocasión en el Evangelio: **«¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo?»**

**«¿Cómo puedes decir a tu hermano: "Hermano, deja que saque la brizna que hay en tu ojo" no viendo tú mismo la viga que hay en el tuyo?»**

Para corregir bien es necesario amar. El que ama puede corregir porque lo hará con delicadeza y tacto, sabrá encontrar la ocasión y las palabras, sabrá comprender viendo las virtudes del otro y no sólo sus defectos.

En algunos casos cuesta discernir si es mejor corregir o

dejar pasar, hablar o callar. Ante esta tesitura es importante tener en cuenta la **«regla de oro»** del apóstol Pablo, válida para todos los casos, **«Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor... La caridad no hace mal al prójimo»**. Es necesario asegurarse, ante todo, de que en el corazón se dé la **«disposición de acogida»** a la persona. Después, todo lo que se decida, ya sea corregir o callar, estará bien, pues **«el amor no hace mal a nadie»**. Y si la corrección fraterna no ha funcionado **«silencio y oración»** por el hermano que se equivoca y nunca airear la equivocación. ¡Que así sea!

